**(De)fundación utópica de Buenos Aires: el fracaso de la utopía de masas en *El año del Desierto*, de Pedro Mairal**

María Belén Rizzo

El objetivo de esta ponencia es pensar la puesta en crisis de lo que Susan Buck-Morss llama la “utopía de masas” en el marco argentino a través de un análisis de la novela *El año del desierto*, de Pedro Mairal – publicada por primera vez en 2005 -. La novela narra en clave apocalíptica la irrupción de un fenómeno extraño al que los personajes denominan “la intemperie”, que no es otra cosa que el avance del desierto sobre la ciudad con consecuencias catastróficas, la mayor de todas que, a pesar de que el tiempo en la novela avanza hasta completar un año en la vida de la protagonista, la historia nacional parece retroceder, generando un régimen temporal extrañado, presa del anacronismo.

Nuestra propuesta es, primero, revisar la emergencia de un imaginario utópico ligado al desierto, emergencia que historiadores como Blas Matamoro u Oscar Terán cifran en los autores de la llamada “generación del 37”. Luego analizaremos de qué modo en que esa utopía se puede pensar como utopía de masas y, por último, cómo la novela de Mairal presenta la realización de ese imaginario utópico a través de una catástrofe apocalíptica. Trabajaremos sobre la hipótesis de que la novela propone que la realización de las utopías proyectadas en la imagen del desierto solo puede darse a modo de catástrofe.

**I - El desierto como utopía (de masas)**

En el prólogo de su ensayo sobre las escrituras del desierto, Fermín Rodríguez nota que el desierto ha funcionado históricamente en la literatura argentina como un “artefacto discursivo”, descrito siempre a partir de la falta: “sin árboles, sin cultivos, sin montañas, sin límites naturales, sin habitantes permanentes, sin viviendas, sin espíritu de progreso, sin vías de comunicación, sin instituciones, sin sentido de la autoridad, sin tradiciones, sin historia” (Rodríguez, 2010: 16) Esta descripción remite curiosamente a la definición etimológica del término utopía como espacio vacío. Si bien Rodríguez propone pensar al desierto más bien como una heterotopía, nos interesa rescatar su formulación cuando afirma que el desierto ha provisto y aún provee “las imágenes en torno a las cuales se hace, se deshace y se rehace el sentido vacío de lo argentino” (Rodríguez, 2010: 14). Para trazar el origen de este tópico debemos remitirnos a la fundación de la literatura nacional.

Blas Matamoro comienza su artículo “La (re)generación del 37” recuperando una serie de imágenes del desierto en textos pertenecientes a los miembros del grupo encabezado por Echeverría, Alberdi, Sarmiento y Gutiérrez. A estos jóvenes románticos, dice Matamoro, “les hace falta un país sin gente, desean el desierto” (Matamoro, 2010), y por eso no dejan de convocarlo, imaginarlo y construirlo en sus escritos. Esta construcción textual del desierto tiene dos vertientes o variantes: una temporal y otra geográfica.

Por un lado, el desierto es central a nivel geográfico porque representa la posibilidad de llevar adelante una política que, de algún modo, sienta las bases de proyectos caros a Echeverría, Sarmiento y Alberdi como fortalecer las instituciones de la sociedad civil, integrar a la joven nación al mercado mundial, etc.: poblar[[1]](#footnote-1). Es aquí donde tiene su origen una política migratoria que más tarde en su mismo siglo traerá a miles de extranjeros a la búsqueda de su fortuna, suscitando el horror de los sectores conservadores, que los verán como una amenaza a sus incipientes tradiciones y a la fijeza de su propio estatus social, con la paradójica consecuencia de que algunos de ellos se dedicarán entonces a defender con nostalgia la vida y costumbres de aquellos territorios que antes consideraban bárbaros.

Por otro lado, el desierto, dice Matamoro, “es una metonimia de Utopía, el país donde no ha ocurrido la historia, el grado cero del tiempo histórico. En él resulta posible empezar de nuevo, descargarse de los errores del pasado, regenerar” (Matamoro, 2010). Para los miembros de la generación del 37, que son antirrevolucionarios sin ser contrarrevolucionarios, dice el historiador, el desierto representa la posibilidad de retroceder hasta la 1810 y rehacer el pasado sin los enfrentamientos facciosos que degeneraron el sentido de esa revolución de Mayo a la que consideran justa. Agrega Matamoro:

He allí, acaso, el único elemento de utopismo que existe en este núcleo intelectual. No un utopismo doctrinario social, que intenta realizar la república perfecta, sino una figuración utópica como la que rodea la aparición de América en el horizonte europeo del siglo XVI: el sitio donde es posible repristinar la historia. (Matamoro, 2010)

Cuando analiza las narrativas apocalípticas en Estados Unidos y Latinoamérica, Lois Parkinson Zamora subraya también las “aspiraciones apocalípticas impuestas al Nuevo Mundo por muchos europeos, empezando por Cristóbal Colón.” (Parkinson Zamora, 1994: 18), aspiraciones que suscitaron una “duradera asociación imaginativa de América con la promesa de la renovación histórica apocalíptica” (Parkinson Zamora, 1994: 19). Debemos notar aquí que el momento en que estos imaginarios se renuevan en la Argentina y se condensan en torno de la idea del desierto hay otro factor que está influenciando esta formulación utópica, que es la noción del progreso. Oscar Terán marca este momento como aquel en que se consolida “la sólida creencia en la excepcionalidad argentina, traducida tempranamente en la convicción (…) de que en esta parte de Hispanoamérica se está llevando a cabo un experimento original destinado a imprimir su nombre entre las naciones más relevantes de la tierra” (Terán, 2015: 105). Terán indica que esta creencia va de la mano tanto en Alberdi como en Sarmiento de que la Argentina se encuentra “adelantada” frente a otras naciones Latinoamericanas, que eventualmente deberán intentar “alcanzar” a Buenos Aires en su nivel de desarrollo y prosperidad.

Dicho esto, cabe preguntarse en qué sentido podemos pensar esta serie de formulaciones sobre el desierto en tanto utopía de masas. Creemos que para responder a esta pregunta es necesario tener en cuenta que el marco en el cual se produjeron los textos que analizamos arriba es el de la formación y consolidación del estado-nación en el territorio argentino. La referencia al territorio no es casual. En *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste,* Susan Buck-Morss provee una distinción importante para pensar la utopía de masas en relación con los proyectos de formación del estado-nación o en relación con los proyectos revolucionarios. Mientras que el proyecto revolucionario ligado a la guerra de clases se centra en la dimensión temporal, “el espacio tiene una prioridad absoluta en el imaginario político de los estados-naciones. Ser una nación es poseer un territorio” (Buck-Morss, 2004: 42). En este paradigma:

La revolución se ve como algo desestabilizante y anómalo, que ha de evitarse a toda costa. El tiempo es una categoría vacía a la espera de que el drama político de las guerras y de las actividades de los estados la llene. El progreso entra en este imaginario como un concepto, aunque espacial, identificado con la «extensión de la civilización europea» (colonialismo) o la «expansión del mundo libre» (neoimperialismo). (Buck-Morss, 2004: 43)

Vemos, entonces, no una negación del principio temporal sino una relegación de este a las exigencias de la extensión espacial. Un ejemplo de esta perspectiva se puede encontrar en las formulaciones sarmientinas sobre la geografía nacional, donde el desierto aparece como un espacio bárbaro y resistente que debe ser ganado para la civilización, localizada en las ciudades y distinguida por sus costumbres derivadas del contacto con Europa, en una clara reapropiación del imaginario colonialista con vistas a trazar los rasgos fundamentales de la propia nación.

¿En qué sentido, entonces, podemos pensar la dimensión de masas de esta utopía, que parece pertenecer casi exclusivamente a ciertas élites letradas? Como dijimos antes, el proyecto de construcción del estado-nación requería, en la visión de la generación del 37, de una oleada inmigratoria que llevase su sociabilidad – el implante de “gajos de civilización” de Alberdi - hacia la extensión del territorio. Este deseo se materializó a fines de siglo XIX y comienzos del siglo XX con el desembarco de millones de inmigrantes que, huyendo de la pobreza de sus países natales, se dirigieron a la Argentina en busca de progreso, prosperidad y acceso a la tierra. Estos mismos inmigrantes, que al llegar encontraron que la extensión “conquistada” al supuesto desierto pertenecían a quienes se habían conformado, en el acto mismo de expropiación del territorio a sus dueños originarios, en los grandes terratenientes de la Argentina, y que la vida en el campo y la ciudad ofrecía pocas menos dificultades de las que ya habían conocido, formaron parte de los primeros movimientos de masas del país junto con los residentes nativos.

En el próximo apartado nos dedicaremos a pensar en las consecuencias del imaginario territorial y temporal que analizamos en esta primera parte a partir de la figuración catastrófica de la historia nacional en la novela *El año del desierto*.

**II – *El año del desierto*: La realización de la utopía como catástrofe.**

Reinhart Koselleck cierra su artículo sobre la temporalización de la utopía en *The practice of conceptual history. Timing history, spacing concepts* con la siguiente afirmación:

La historia efectiva es siempre al mismo tiempo más y menos, y vista *ex post facto*, es siempre también diferente de lo que somos capaces de imaginar. Por esta razón hay utopías, y también por esta razón están condenadas a errar. Y su éxito probablemente se asemeje más a la infelicidad que a la felicidad que prometen[[2]](#footnote-2). (Koselleck, 2002: 99)

Como dijimos arriba, nuestra propuesta es que *El año del desierto* pone en juego la realización de la utopía sobre la que trabajamos en el primer apartado para mostrar, precisamente, que su éxito se asemeja más a la infelicidad que a la felicidad que antaño prometía. La premisa que pone en marcha la narración es el avance de un fenómeno llamado “la intemperie”, que arrasa con las edificaciones hasta convertirlas en ruinas y volver las tierras inhabitables: “decían que las construcciones más nuevas eran las que más rápido se deterioraban, mientras que las viejas casas de los barrios se mantenían en pie durante más tiempo” (Mairal, [2004] 2015: 62), observa María, narradora y protagonista, en la primera parte de la novela. La intemperie avanza desde la provincia hacia la capital – las capitales, de hecho, ya que María menciona que en otras provincias está ocurriendo el mismo fenómeno - en círculos concéntricos: “el campo se estaba comiendo la ciudad” (Mairal, [2004] 2015: 173). Esto produce una invasión de los habitantes de la provincia a la capital en busca de vivienda y comida, con la consiguiente batalla entre ambas jurisdicciones. En un comienzo, los habitantes de la capital se encierran en sus edificios y construyen complicados mecanismos para vivir sin tener que salir a la calle, pero ese período eventualmente llega también a su punto de agotamiento, y María se ve lanzada hacia las calles de una ciudad que parece estar borrándose y, más tarde, hacia el desierto. La transformación efectiva del desierto en territorio total de la nación vuelve, en la novela, para devastar los espacios emblemáticos del progreso – encarnado sobre todo en el consumo y la tecnología – y producir un dislocamiento temporal que acelera el devenir de la nación en cenizas.

Nos interesa retomar aquí a Fermín Rodríguez cuando observa que, en las narrativas del desierto “la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas recomendada por Borges servirá para producir zonas de indeterminación donde lo virtual y lo actual, la historia y la ficción intercambian materiales”[[3]](#footnote-3) (Rodríguez, 2010: 18). En esta línea, entendemos que la historia no habla solo *sobre* el desierto sino *desde* el desierto como lugar de enunciación y que, como vimos en nuestra anterior cita a Rodríguez, esto remarca en la historia -como un niño señalando al emperador desnudo - el vacío que subyace al lugar aparentemente saturado de significación que sería lo argentino. La novela produce este vaciamiento progresivamente por medio de un borramiento o confusión de la figura del Estado (hay un momento llamativo en donde Catalina, una amiga de María, dice que un camino es propiedad del Estado, y todos los presentes se ríen y completan su frase diciendo “estado de sitio”, “estado físico”, “estado de ebriedad” para mostrar que la palabra ha perdido su referencia ante el avance de la intemperie) que deriva luego en el retorno de la colonia bajo el gobierno español; también por medio de la amalgama y distorsión de lenguajes (en un momento, los dueños de los negocios del centro hablan turco, alemán, inglés, frases que en el siglo XX se consideran arcaicas se mezclan con expresiones contemporáneas, las personas empiezan a olvidar cómo leer, María cuenta al comienzo de la novela que “recuperó” el castellano después de un largo olvido) y la anulación del futuro como posibilidad de que la ciudadanía siga existiendo (por ejemplo, hay un momento donde María observa que las gitanas en el puerto son capaces de leer en las manos de una persona todo su pasado, pero se quedan mudas ante el pedido de que predigan el futuro). Todos estos elementos resultan, a medida que avanza la novela, en la disolución de la ciudadanía en una amalgama de sujetos que solamente tienen en común el intento de sobrevivir valiéndose de la fuerza y la violencia.

Es importante resaltar la cuestión de la violencia: María se ve sometida cada vez a situaciones más humillantes y escabrosas que la vejan física y emocionalmente. Entendemos que la novela, al relatar escenas de violencia descarnada, violación o tortura, dialoga con los elementos más violentos sobre los que se apoyó la utopía del desierto. Así como Buck Morss observa que la Revolución Francesa generó un discurso utópico centrado en la soberanía y la igualdad, que “produjo también, como las dos formas catastróficas de la vida política moderna, un terror revolucionario y una guerra nacionalista y de reclutamientos masivos” (Buck Morss, 2004: 49-50) la realización de la utopía cifrada en la imagen del desierto se apoyó en el borramiento de los pueblos originarios como sujetos de la historia nacional y se realizó a fuerza de coerción, despojos y aniquilación de estas comunidades. No es llamativa entonces la insistencia de la novela en remarcar el tópico de la usurpación: María siente que los Salas, inquilinos de su casa en Beccar, en realidad la están usurpando; a su vez, durante el tiempo en que reside en un departamento en Capital Federal, la protagonista convive con dos hermanos a quienes les habían ocupado la casa, en clara referencia al cuento de Cortázar. A su vez, a lo largo del relato diferentes edificios son tomados, ocupados, saqueados o reemplazados.

Por último, queremos resaltar un aspecto ya mencionado, que es el dislocamiento temporal producido por la intemperie en la novela. El texto no explicita cuál es “el año del desierto”, pero varios elementos presentes en la narración nos permiten deducir que se encuentra cerca del 2001. Cuando desarrolla la cuestión del mito de la excepcionalidad argentina en relación con Alberdi y Sarmiento, Terán cierra con una observación donde remarca que esa confianza en la potencia de lo nacional “en el bienio 2001-2002 resultó francamente pulverizada” (Terán, 2015: 107). *El año del desierto* plantea la anulación del futuro de la nación a través de una aceleración desenfrenada donde las naranjas se pudren en cuestión de horas y los metabolismos y los períodos de incubación de enfermedades se aceleran frenéticamente. En este marco, el discurso del progreso aparece subvertido y en la novela vemos resurgir discursos religiosos que asimilan el capitalismo y sus “avances” tecnológicos a la decadencia social y movimientos pseudo ludditas que buscan destruir las pocas máquinas que quedan en funcionamiento. Por otra parte, y nada sorpresivamente en el marco del retroceso histórico que se da de manera concomitante con el avance del año en que transcurre la novela, el final llega con una imagen que ha sido anticipada ya en la mitad del texto con la transformación del Hotel de Inmigrantes en Hotel de Emigrantes: un barco se lleva a una María renga y derrotada a Inglaterra contra su voluntad, y ella se pregunta qué o quién es lo que quedará atrás. Se pulveriza así por medio del vaciamiento del territorio el último elemento de la utopía descripta más arriba, el proyecto de poblar. Lo único que queda en la orilla es la perra de María, la Negra, y el desierto vuelto horizonte que se ensancha, y después nada.

**BIBLIOGRAFÍA**

* Buck-Morss, S. (2004) *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*. Madrid: A. Machado libros
* Koselleck, R. (2002) The practice of conceptual history: timing history/spacing concepts. USA: Stanford University Press
* Mairal, P. (2015) *El año del desierto*. Buenos Aires: Emecé
* Matamoro, B. (2010) *La (re)generación del 37*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
* Parkinson Zamora, L. (1994) Narrar el apocalipsis. La visión histórica en la literatura estadounidense y latinoamericana contemporánea. México D.F.: Fondo de Cultura Económica
* Rodríguez, F. (2010) *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia
* Terán, O. (2015) *Historia de las ideas en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI
1. El caso de Sarmiento es especialmente relevante en este sentido, dado que para él las características más salientes de la sociabilidad y el carácter que definen a los habitantes de la incipiente nación están directamente determinados por la fisonomía del territorio. El desierto es, en el *Facundo*, la forma que condiciona la [↑](#footnote-ref-1)
2. La traducción es nuestra. [↑](#footnote-ref-2)
3. No tenemos espacio aquí para desarrollar esta cuestión pero nos interesa señalar que, como postula la cita tomada del texto de Rodríguez, *El año del desierto* procede también por medio de anacronismos (María atiende a Juan Ayala en el hospital, un cometa – que todo indicaría es el cometa Halley – pasa cerca de la tierra, se establece un Coliseo en la ciudad donde gladiadores pelean contra los animales escapados del zoo de Plaza Italia, cámaras fotográficas contemporáneas conviven con cámaras antiguas) y citas que remiten a textos canónicos de la literatura nacional y extranjera (María, por ejemplo, es la Evelyn de Joyce, que se acobarda a último momento antes de huir). [↑](#footnote-ref-3)